

V.♦

V. “UN FANTASMA EN LA DOBLE OSCURIDAD”

(Mt. 14, 22-33)

Y a la cuarta vigilia de la noche vino Él hacia ellos, caminando sobre el mar. Los discípulos, viéndole caminar sobre el mar, se turbaron y decían: “Es un fantasma”, y de miedo se pusieron a gritar. Pero al instante les habló Jesús diciendo: “¡Ánimo!, que soy yo; no temáis.” Pedro le respondió: “Señor, si eres Tú, mándame ir donde ti sobre las aguas.” “¡Ven!”, le dijo. Bajó Pedro de la barca y se puso a caminar sobre las aguas, yendo hacia Jesús. Pero, viendo la violencia del viento, le entró miedo y como comenzara a hundirse, gritó: “¡Señor, sálvame!” Al punto Jesús, tendiendo la mano, le agarró y le dice: “Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?” Subieron a la barca y amainó el viento. Y los que estaban en la barca se postraron ante Él diciendo: “Verdaderamente eres Hijo de Dios.” (Mt. 14, 25-33)

Ese día hubo tres acontecimientos dramáticos: la muerte de Juan el Bautista; la primera multiplicación de los panes y el caminar de Jesús sobre el mar. A estos hay que añadir otros tres, que se intercalan con los anteriores: Jesús busca un lugar solitario; predica la palabra de Dios todo el día y, finalmente, se separa de los apóstoles y los obliga a regresar solos. En cada momento, Jesús toma todas las decisiones. Mateo (14, 3-12) relata primero la muerte del Bautista. Este fue, ciertamente, uno de los momentos más tristes de la vida de Jesús. El hombre íntegro, el que no era una caña movida por el viento, sino una casa construida sobre la roca, estaba muerto. Su cabeza truncada, y sangrante, en la mano de una bailarina impúdica. El mensajero había entregado su buena noticia y se había ido. Él que le había bautizado, el que le había regalado algunos de sus propios discípulos, el hijo de la vieja tía Isabel, había sido agarrado por el enemigo; el poder de Satanás lo había destruido.

Jesús, afligido, quiso buscar un lugar solitario para planificar su trabajo con los discípulos. Hoy iniciaba su tarea del reino. De aquí en adelante estaré solo.

Juan bautizaba con el arrepentimiento y el agua; yo bautizaré con el agua y el Espíritu Santo. Una nueva era se inaugura hoy; sólo el Padre lo guiará paso a paso mostrándole su voluntad. Fue así como movió la barca hacia la otra orilla del lago, buscando el desierto. Sólo tuvieron algún tiempo tranquilo, mientras remaban los apóstoles en sentido contrario al viento. La noticia de Juan pesaba sobre todo el grupo como una carga deprimente. A alcanzar la tierra, se desilusionaron. ¿Dónde encontrar un lugar solitario si la gente empezaba ya a llegar de todas partes buscando a Jesús? ¿Esta era la respuesta del Padre? Jesús no se quejó. Cambiaremos los planes y predicaremos a toda esta multitud. Cada apóstol ya conocía su tarea. Jesús distribuía los grupos y asignaba los temas de la predicación para cubrir toda la jornada.

Subieron a la montaña y buscaron lugares abiertos. Israel estaba acostumbrado, desde Moisés, a formar sus centurias y a repartir los conocimientos para que alcanzaran hasta los más lejanos. Jesús organizaba las charlas, entregaba los contenidos, indicaba las parábolas más apropiadas, para que toda la evangelización procediera de modo uniforme. Más tarde, Él coordinaba y luego pasaba de grupo a grupo, sanaba los enfermos y resolvía las preguntas más apremiantes. La concentración fue ejemplar, el trabajo de todos se desarrolló al unísono hasta el atardecer. Los apóstoles se dieron cuenta que era demasiado tarde para continuar y, entonces, Jesús intervino con lo inesperado. La multiplicación de los panes y de los pescados, llenó de admiración a los cinco mil hombres y mujeres. A medida que crecía la alegría y la satisfacción general, cuando todos comieron, empezó también a correr una voz. Esto es más que el maná. El maestro es el enviado de Dios para salvar a Israel.

Los ánimos se habían entusiasmado con la idea, sólo faltaba una chispa para que el pueblo se organizara y resucitara los antiguos movimientos sagrados. Los apóstoles también se entusiasmaron, eran parte de la conciencia que crecía apelando a un poder divino. Empezó a circular esa idea, con la de un rey que unificara todas las fuerzas: ¿Quién mejor que Jesús? Juan había muerto. ¿Esta era la hora propicia para crear un movimiento popular o se trataba de otra tentación, otro engaño del maligno? Yo no puedo decidir, si no lo consulto con mi Padre, en la oración. Vio claramente la imagen de Mesías que se formaba en la masa popular; no era la que él mismo había proyectado. Era necesario reaccionar rápidamente. Había que separar el grupo de los apóstoles para que

no se contagiaron. “Inmediatamente obligó a los discípulos a subirse a la barca, e ir, por delante de Él, a la otra orilla.” (Mt. 14, 22) Mateo no hace comentarios, no dice con qué humor lograron obedecer a la orden tajante de Jesús. Se echaron al agua y empezaron a remar otra vez pero, ahora, pesaba sobre sus espaldas un doble cansancio: el del trabajo de toda la jornada y la decepción por una ocasión perdida. ¡Si hubiéramos insistido un poco más! Los ánimos estaban ya encandilados. Habría sido un levantamiento general con la ayuda de Dios.

La barca iba alejándose de la orilla con extrema lentitud. No había entusiasmo como en la mañana. Además, la brisa soplaba ahora de occidente a oriente, exactamente en contra de su rumbo: a Cafarnaúm. Esa maravilla de la multiplicación de los panes que se había tramitado a través de sus propias manos, ahora ya los dejaba indiferentes. Todos comieron y sobraron doce canastos, exactamente como las doce tribus de Israel. ¿No era este un signo? Todos estarían ya en pie de guerra. Los remos apenas se hundían en el agua, la barca no avanzaba. Su interpretación del signo era de corta mirada. Ellos también habían comido del milagro pero no se preguntaron: ¿Qué pretendía significar Jesús? La imagen del maná estaba demasiado clara; la historia debía repetirse. La interpretación inmediata, material, los dominaba. Ya veían a Jesús con la corona de rey en la cabeza y se veían a sí mismos como sus ministros con todo el poder. Todo esto se había esfumado. Quedaba la imagen de un Mesías restaurador de un reino entre Siria y Egipto, como en los tiempos de David. Esta tergiversación histórica les hacía olvidar que los romanos significaban un imperio inmensamente más grande y organizado que los antiguos; olvidaban que su fuerza aplastaba y su política corrompía hasta los más puros. Ellos sabían, con amenazas y con dinero, hacerse amigos de las autoridades civiles y religiosas, y convertirlas en opresores de su propio pueblo.

Mientras tanto Jesús, con su consueta amabilidad, iba despidiendo a los diferentes grupos, para que regresaran a sus hogares. El pan que habían comido no permitiría que se desmayaran por el camino; pero algún día les daría otro pan, cuya fuerza los acompañará hasta la vida eterna con Dios Padre. Esta última promesa se añadía a la espléndida demostración del milagro, pero la perspectiva de la vida eterna no hacía más comprensible este signo. Se iban con una gran paz en el corazón y una esperanza no muy clara en esta promesa. Cuando Jesús se encontró solo, subió al monte para reflexionar y orar al Padre.

Estaba cansado y triste. También los discípulos se habían ido disgustados. Juan Bautista había muerto. El comienzo de su apostolado de masas se había inaugurado con esta grandiosa jornada pero, ¿había sido el milagro final una coronación o más bien un error? De todos modos, Él lo había realizado por pura compasión y amor. El verdadero significado del signo había sido oscuro para todos ellos. ¿Cómo podrían entender la analogía con la eucaristía que Él les iba a regalar? La imagen establecida de un Mesías guerrero les estaba robando el contenido. Lo que más urgía era recuperar la fe de sus discípulos y corregirlos de su desviación.

Su único consuelo consistía en abandonarse a la presencia del Padre. Esta montaña, situada al oriente del lago, lo regresaba a los tiempos de la peregrinación de los cuarenta años y a su llegada a esta tierra. Hasta allí había llegado Moisés con la Antigua Alianza. A Él le tocaba volver a empezar con una nueva entrada a la tierra prometida pero su camino no iba hacia la ocupación de un espacio geográfico, sino un espacio en los corazones de los hombres. Era un recorrido en el espíritu. De esto había que convencer a los doce. Entonces, vio que era necesario crear, en la mente de ellos, una nueva imagen, en que lo espiritual dominara a lo material. De allí, le vino la idea de caminar sobre el agua. El viento había arreciado y las olas estaban picadas. Aparecería en medio del vendaval, como una criatura del otro mundo pero esto era Él, en realidad, un ser de un mundo nuevo, que todavía no había amanecido, sólo podía dar una muestra de ello en la oscuridad.

Era necesario borrar la idea de un pueblo afortunado, por la de un pueblo salvado. Jesús veía en la noche los miles de personas caminando en la oscuridad para regresar a sus hogares. Cuanto más los grupos se iban disolviendo y cada uno agarraba el sendero de su casa, el recuerdo del milagro dejaba de tener un contenido político; la idea de un fantástico rey con poderes divinos iba palideciendo. Los discursos se volvían más íntimos. ¿Qué quiso decirnos el Señor con este milagro? ¿Unos pocos panes y algunos pescados, para dar de comer a tan magna multitud? Esta no fue una señal sencilla. ¿No fue el comienzo de una campaña para convocar gente y soldados? ¿Cuál sería su intención? Este pan nos ha abierto los ojos: es un pan que ha venido del cielo, del mismo Dios. Dios nos ha hablado. ¿Cuál es su mensaje? Somos un pueblo privilegiado. Dios nos ha hablado en muchas ocasiones, por sus profetas; nos

ha conducido por donde no queríamos ir. El maestro Jesús, nos ha enseñado un camino nuevo, perfecto. Él es la palabra que el Padre nos ha enviado; es la luz que Dios nos dio en esta oscuridad. Sabemos que los Jefes de Israel se han vendido al poder de los paganos, se han materializado y su culto es meramente un culto formal sin el espíritu del Señor. Jesús lo llama el Padre, el Padre vive, su poder infinito se ha mostrado hoy entre nosotros.

Cuanto más se alejaba de la orilla oriental, cuanto más se hacía densa la oscuridad, la tristeza pesaba sobre el grupo de apóstoles, quienes remaban en contra del viento, en un mar cada vez más agitado. Por un momento se habían visto en la cumbre de un movimiento popular, muy cerca del poder: un gran sueño, que solo duró un instante. Ahora navegaban en la realidad triste, muy cerca de la muerte que les esperaba en las aguas profundas, si los vientos de las gargantas se cruzaban y la frágil embarcación se hundía. Jesús se había quedado muy lejos y muy irreal; ya no era más que una fantasía en sus mentes, un recuerdo lejano, sin la posibilidad de involucrarlo. El milagro de los panes iba perdiendo toda la ilusión de las masas. Algunos pensaban con nostalgia, en una ocasión perdida. No se podía alzar la vela, la barca avanzaba muy poco, entre las sacudidas de las olas y los empujones violentos del viento. ¿Qué nos queda de este inmenso milagro? ¿Cuál fue el verdadero sentido del signo? Sólo nos queda la palabra de Él quien invocaba con afecto al Padre. Ahora está rezando, en la montaña, unido a su Padre, nosotros somos unos extraños. ¿Qué tenemos que ver en todo este asunto? Posiblemente esta será nuestra última noche: “La barca se hallaba ya en medio del mar, zarandeada por las olas, pues el viento era contrario.” (Mt. 14, 24)

Están cansados y solos en la noche borrascosa. Los golpes de las olas hacen crujir las tablas de la embarcación, la espuma de las olas salta sobre el toldo, llena de agua el pasillo. Su mente se encuentra totalmente vacía. Es el momento escogido por Jesús. El momento de la iluminación. Jesús no es un rey temporal, es la cara visible de la divinidad, su misión no es parte de una historia de guerras y muertes, Él nos lleva a la vida, pero una vida que ilumina todas las noches. Entonces, alguien entrevió una extraña luz que corría entre el viento y el mar, por encima de las olas y gritó lleno de espanto. ¿No será la muerte que viene hacia nosotros? Los fantasmas de los espíritus ahogados, vagan entre las olas en las noches de tempestad. “Y a la cuarta vigilia de la

noche vino hacia ellos, caminando sobre el mar.” (Mt. 14, 25) Tuvieron que sufrir por largas horas, en la incertidumbre, pidiéndole a Dios en su corazón que les amaneciera. Cuando la figura blanca que caminaba sobre las olas se hizo más clara, cundió el pánico entre ellos. “Se turbaron y decían: es un fantasma, y de miedo su pusieron a gritar.” (Mt. 14, 26) La luz se iba acercando cada vez más. ¿Un espíritu? ¿Un ser humano? La superstición brota del fondo de sus almas. ¿Un demonio? Hay que conjurarlo; ¡una maldición! El príncipe de las tinieblas que nos engaña con sus juegos e ilusiones.

También esta es una escena simbólica; se cruzan las voces de espanto de los discípulos con la voz de paz de Jesús, la desesperación se encuentra con la seguridad y el poder, mas este poder no es aquel que ellos soñaron: Es un poder que está entre lo visible y lo invisible, entre lo irreal y lo real, entre la materia y el espíritu. La aparición de Jesús entre el cielo y el mar, entre el viento y la voz, preconiza un nuevo comienzo; tendrán que hacerse a él. No es que los haya despreciado o abandonado, sólo quería reorientarlos hacia su verdadera misión: dar de comer a los cuerpos es una cosa, pero alimentar las almas y darles una vida eterna es completamente diferente. “Pero, al instante, les habló Jesús y les dijo: *Ánimo, que soy yo; no temáis.*” (Mt. 14, 27) Suena en la oscuridad esa voz fuerte: Soy yo. Es para cambiar el panorama de todo el mundo, su presencia es la vida. El corazón palpita acelerado, en pos de esta voz. Primero nos envió, como que le estorbábamos, ahora viene hacia nosotros, nos busca. ¡Dispongámonos a recibirlo! ¿Qué querrá decir esto?

No temer, es diferente del estar seguro. La voz les dice que no teman, pero es una voz en la tempestad, en la noche, todavía deberá ser filtrada por la fe. Lo imaginan como hace pocas horas: alrededor de Jesús, miles de personas enardecidas de entusiasmo aplauden y gritan. Han comido de su pan milagroso pero se han dispersado, por sus caseríos y aldeas llevando sólo un recuerdo; toda gloria se ha disipado. Sólo queda el recuerdo de su presencia. ¿Qué es lo que permanece de Él? ¡Viene hacia nosotros! ¿Cuál es la fe que nos pide? ¿Cómo lo recibimos? Los apóstoles apiñados en el fondo de la barca, están pasivos, escépticos. Pedro es el primero en dejarse penetrar por esa aura de misterio que rodea al Señor caminando sobre el agua, entre la tempestad. Es el mismo que sigue distribuyendo panes y pescados, sin que se les agoten; pero ahora está solo, iluminando de sí esa noche oscura y terrible. El hombre de la fe es

Pedro. Y Pedro en seguida reacciona, para demostrar su fe. Quiere colocarse a la altura de esa fe. ¿Exige caminar sobre el agua? Pues, yo caminaré. Si la fe es mito, Pedro entrará en el mito.

Sin embargo, en su fe hay todavía mucha ilusión. Algo le ha quedado del milagro de los panes: Con Él todo es posible. Pero, también le faltan alas para volar, su apego a la realidad del mar es todavía demasiado grande. “Respondióle Pedro: Señor, si eres Tú, mándame ir a ti sobre las aguas.” (Mt. 14, 28) Pedro hace alarde de generosidad: No vengas aquí, yo iré hacia ti. Yo también seré viento en el viento, agua en la lluvia y flotaré sobre la espuma. Es como caminar desde la tierra hacia el cielo, convertirse en la palabra que corre sobre el mar. No lo logrará, el pescador lejos de su barca se desmaya, pesa, cae como una piedra.

Por una parte confía, por la otra coloca un “sí”. Todavía está en la barca, esperando una respuesta. ¿Qué respuesta? ¿De que es realmente Dios el Todopoderoso? Y si no es Él ¿qué hará? Pedro se da cuenta de haber formulado mal su petición. Todavía se siente más seguro dentro de la barca. Jesús no le contesta al “sí” sólo a la petición y le dice simplemente: “ven”. ¿Es una petición? ¿Una orden? ¿Un simple deseo? ¿Una concesión generosa? Se lo deja a él para que reflexione. “Bajó Pedro de la barca y se puso a caminar sobre las aguas, yendo hacia Jesús.” (Mt. 14, 29) Pedro se decide, pero su fe vacila: el viento es fuerte, las olas movedizas, el agua no es como la tierra. Allá se siente uno en su elemento, la tierra es sólida. Aquí no está ni en el aire, ni en el agua, como suspendido en un medio impalpable: ¿Es eso el espíritu? Cómo que no ha despegado de su medio material y este se lo traga. La distancia entre él y Jesús es insuperable, infinita. El agua es fría y traicionera como siempre, Pedro se hunde; él no es más que un pescador caído al mar, a punto de ahogarse, víctima de los elementos. Los demás compañeros le lanzaron una cuerda: “Vente de regreso, tú perteneces a la tierra, a la sólida madera flotante, no te despegues, que el viento es peligroso.” Jesús vendrá hacia nosotros.

La gente recibe el pan y los pescados. Los suyos lo van a recibir a Él pero, ¿quién es Él? ¿Ven Señor hacia nosotros! Sus pensamientos son desesperados. ¿Pero quién? ¿Él es viento en el viento? ¿Cómo puede andar sobre el agua? ¿Jesús es de aire, de agua? ¿Él está en el Padre y el Padre con Él? ¿Habrá que taparse el rostro para no verlo? Está cambiando todo nuestro pensamiento.

“¡Les han dicho ama a tu amigo y aplasta tu enemigo! Y yo les digo: amen a los que les persiguen y no resistan a la violencia. Les han dicho: no matarás. Pero yo les digo: Si lanzas insultos a tu prójimo, ya eres culpable de muerte.” Todo ha sido trastocado: amen a sus enemigos, bienaventurados los que no tienen nada; los que sólo poseen el hambre. ¿Quién es ese Jesús? No pertenece a la tierra; el agua no lo recibe; vuela por el aire. ¡Oh! Señor, somos materiales, nos gusta la tierra firme, el pan cocido, el pescado bien asado. Cómo puedes venir hacia nosotros, Tú que eres aire y viento. No hay sitio para ti en nuestra barca.

“Pero viendo la violencia del viento, le entró miedo y como comenzara a hundirse, gritó: ¡Señor sálvame!” (Mt. 14, 30) Yo no he cambiado, pero ¿quién eres Tú, criatura de los vientos, habitante del aire? Mi lugar es la tierra. ¡Sálvame, que me ahogo! “Al punto Jesús, tendiendo la mano, asió de él.” Pedro sintió que de esa mano corría una energía hacia él y lo levantaba, se sintió ligero como una pluma. Esto ya es diferente: mano con mano. Era la misma mano que levantó el hijo difunto de la viuda de Naim, la que revivió la niña, hija de Jairo; no había fuerza natural que pudiera resistirle pero, en cada uno de estos casos, Jesús exigió la fe. “Y le dice: hombre de poca fe, por qué has dudado?” (Mt. 14, 31) Sólo de eso se trataba: de fe, pero ¿hasta dónde debería llegar esta fe? ¿Cuáles serían sus límites? Pedro se quedó pensando. ¿Quién podría comprenderle a Él, el Señor? ¿Quién tuviera una fe que alcanzara el infinito? Ellos habrían pensado en un rey temporal. ¿Cómo habrá que cambiar esta fe? ¿Cómo sería un rey divino? ¿Un ser de otro mundo? Si no era el demonio, ¿quién caminará en la tiniebla, quién podría ser sino el mismo Dios?

“Subieron a la barca y amainó el viento.” (Mt. 14, 32) Cuando Jesús y Pedro entraron a la barca esta se estremeció. Los dos pesaban. Jesús había regresado a la normalidad, a ser uno de nosotros. Ahí se sentó, en lo alto de la proa y se quedó tranquilo, sin decir nada pero no podían terminar así esas veinticuatro horas de delirio: como si nada hubiera sucedido. Pero los corazones todavía temblaban, asustados. Ya el viento ha cesado y la barca ha dejado de crujir; se ha estabilizado. El mar se ha dormido, ya son las cinco de la mañana: allí entre la niebla se adivina la silueta de las palmeras de la costa. Tú estás aquí, todo es silencio alrededor. ¿Cómo es que el viento y el mar le obedecen? ¿Están de acuerdo con el reino, con las bienaventuranzas, con los valores del espíritu, con esta revolución de valores?

Los apóstoles están sentados al fondo de la barca; Jesús está arriba. Ellos tampoco hablan; han visto el poder de Dios correr entre cielo y mar. El Señor, Dios, ha pasado; la naturaleza lo ha reconocido y se ha puesto a sus pies. “Entonces, los que estaban en la barca, se postraron ante Él diciendo: ¡Verdaderamente eres Hijo de Dios!” (Mt. 14, 33) Esta es una declaración de fe, no especulativa; sólo un reconocimiento de lo que vemos. Allá, en el centro de la noche, sin luces, sin luna, el mundo que nos rodea se ve más grande; no hay orillas, no hay horizontes; las voces se pierden en el vacío. La barca es una cáscara flotante; sólo existe un centro y es Él. El agua y el cielo se han vuelto a fundir, como en el primer día de la creación, antes que Dios las separara: es la misma oscuridad, mientras Él está firme, como el polo central de todo el universo que se ha detenido, inmóvil, lleno de estupor. Dios Padre, el Padre del tiempo y de las estrellas está en Él. La expresión de los pasajeros de la barca, no pudo ser más espontánea y, más bien, necesaria. Había que decir algo que llenara ese vacío negro, este silencio sin resonancias.

La única palabra digna de ese infinito era la que reconocía la presencia del que no tiene presencia, del que no tiene rostro: Es el Dios Hijo, el invisible hecho visible, escondido detrás de un rostro visible. No te podemos ver en esta negritud absoluta, no te podemos tocar, aunque estés allí al alcance de la mano. Has recuperado tu divinidad, te pierdes en lo eterno cuando tu rostro se desvanece. Tu presencia se vuelve ausencia. Estás más allá de lo humano; te has vuelto a sumergir en la eternidad del Padre. Realmente eres el Hijo de Dios. Pronto aparecerá una playa y la luz la iluminará desde el oriente, el mundo volverá a materializarse. Podremos verte, tocarte, contemplar tu cara, de carne y hueso, pero Tú estarás más distante que nunca de nosotros. Tú seguirás sumergido en la divinidad de tu Padre, inasible, inalcanzable, sumido en tu misterio de Dios Hijo.

Juan añade: “Y en seguida la barca tocó tierra en el lugar a donde se dirigían.” (Jn. 6, 21) Jesús había ganado una gran batalla, la fe de los discípulos había sido purificada. Ahora comprendían que su misión no era la de renovar el poder civil y político de Israel, sino de hacer triunfar la presencia del Padre. Ellos con amor lo habían acogido en su barca y en sus almas, aunque sabían que ninguna barca al mundo y ninguna alma lo podían contener. En ningún momento de su vida, olvidarían los gritos de esta noche azarosa y la pequeña estrella que bajó del cielo hasta la superficie del mar.